



# **Usurpador de almas**

José Miguel Cuesta - José Rubio



**Presenta**

Colección  A sangre



# Usurpador de almas

José Miguel Cuesta  
José Rubio

**Créditos:**

## **Usurpador de almas**

**Primera edición digital:** septiembre 2017

**Código:** 9785400038635050122

**Autores:** José Miguel Cuesta y José Rubio

**Ilustración de portada:** Verónica Leonetti  
(lamuertedelespejo.blogspot.es)

**Prólogo:** Carlos Martí

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Prólogo

**E**n mi infancia tuve la dicha –porque nacido en una familia modesta, las dichas siempre son escasas pero muy bien apreciadas– de disfrutar de diversos entretenimientos. Fue otro siglo, lo que suena llamativo. Fue en otra década, que, por eso de no montar en el caballo de la nostalgia, mejor no detallaré. Y fue en una sociedad bien distinta; o no tanto, que da lo mismo. En ese tiempo –o siglo, o década, o como usted desee definir– buena parte de los momentos de ocio se gastaban frente a un televisor. No existían los *smartphones* –¿qué?!–, ni Internet –¡el horror, el horror!–, ni siquiera los ordenadores... salvo que así quiera uno llamar a ciertos armatostes rápidos como las tortugas y poderosos como una chancla vieja. Pero existía la tele, y existían series de televisión cuyos capítulos eran engullidos por millones de personas obligados a escoger en una discreta parrilla de programas divididos en dos canales y gracias –¿pero de qué siglo me está hablando?–.

Una de las series que en su día veía era *Fama*, donde unos jóvenes soñaban con encontrar un hueco en el mundo del baile y la música. Hoy en día, pese a estar cercados de *smartphones*, Internet y ordenadores, tal sueño coexiste y se hacen programas para los mismos entusiastas a los escenarios donde dar rienda suelta a bailes y melodías. Quizás, el mundo no haya cambiado tanto después de todo.

Tal rodeo ha servido para dirigir la atención hacia un determinado episodio de dicha serie. En el mismo, un profesor de literatura sustituto intentaba inculcar a sus estudiantes de mente dispersa y ánimo diluido la pasión por la lectura, tomando como paradigma nada menos que nuestro ilustre Don Quijote del reconocido Cervantes de Saavedra. Los estudiantes de la Escuela de Artes Escénicas de Nueva York reaccionaron del mismo modo con que lo hacen los estudiantes de literatura de nuestras propias escuelas. *El Quijote* puede tener toda la fama que quiera –juego de palabras involuntario– pero pocos son los que lo han leído y no muchos más los que les apetece meterse entre pecho y espalda semejante tocho. Leer sobre las desventuras y patochadas de un chiflado de manual obsesionado

con liarse a tortas con lo que creyera intuir en una de sus frecuentes alucinaciones no se antojaba prometedor ni divertido en comparación con *cualquier* otra tarea.

Entonces, el profesor de literatura les mostró una visión bien distinta de su delgado y pálido protagonista.

Para aquel hombre, la maravilla que encerraba la obra estaba en algo escondido a plena vista. El Quijote era un extraño ser, tanto que podía vislumbrar la magia flotante a su alrededor, que encontraba gigantes rugientes donde otros solo atinaban a ver anodinos molinos y veía una mujer de atónita belleza en quien no era sino una mera y un tanto feúcha molinera. El Quijote contemplaba el mundo con ojos de niño, encontraba prodigios en la rutina diaria, descubría milagros en los objetos más vulgares, recorría caminos sembrados de hermosura y color que otros pisoteaban al no hallar más que pedruscos y maleza. Ese era el Quijote, nuestro Quijote.

¿Y quién no ha deseado poseer tal capacidad? ¿Qué buscamos acaso en las películas, en los libros o en los cómics? Todo eso es ficción, pero ¿y si fuese real? ¿Y si tantas historias maravillosas e

imaginativas contuviesen trazas de realidad? ¿Y si esas diminutas huellas constituyesen el primer paso hacia un mundo increíble solo al alcance del verdadero creyente? ¿Y si lo que casi todos consideran ficción fuese realidad enterrada y olvidada?

Con el *Usurpador de almas* de José Miguel Cuesta y José Rubio nos encontramos con una pieza de su puzle personal. Ellos constituyen dos Quijotes – rehuyo llamarles Quijote y Sancho, no sea que, a posteriori, me interroguen para descubrir quién es quién, aunque estoy seguro de que ambos tienen cosas de los dos– que en toda su obra conjunta, pues escriben a cuatro manos, tarea para mí impensable, atraviesan el espacio y el tiempo, cruzan los confines del globo y exploran cada era de la historia para embarcarnos en una aventura que nos aproxima a un lugar donde lo imposible se torna posible y donde lo ficticio resulta ser verídico.

La presente obra se inicia con una pregunta sencilla de dar a luz, añeja en su forja y casi irresoluble. No la repetiré para así evitar cualquier posible *spoiler*, pero bien puede señalarse que se relaciona con el mismo título: *Usurpadores de almas*. Porque de almas va la cosa.

Cruzado el umbral marcado por la portada de la novela, pasaremos por Salamanca por la noche, nos encontraremos con libros secretos y prohibidos, nos toparemos con sociedades secretas y chocaremos con amores, odios, amistades e intrigas. De todo esto también va la cosa.

Como en tantos relatos del inquietante H.P. Lovecraft, José Miguel Cuesta y José Rubio nos llevan a la ya citada Salamanca perteneciente a un siglo pasado para ser testigos de una charla entre dos buenos amigos que va conduciendo al protagonista de esta novela a descubrir hechos insólitos presenciados por escasos privilegiados y que le irán revelando lo que pocos conocen pero muchos desearían poseer. Al igual que el escritor de Providence, Cuesta y Rubio emplean el detalle en la escenificación, la calma en preferencia a la acción y los diálogos concienzudos como vehículo para que nosotros mismos, los lectores, acompañemos al protagonista en su incursión a un nuevo mundo donde nada es lo que parece, donde la sabiduría arcana coexiste con realidades fragmentadas y donde iniciar tal camino implica salir de terrenos familiares y confortables para adentrarse en las

ciénagas de un pasado que, a su propio paso, engulle a quien se aproxime demasiado a su vera.

Lo imposible puede ser posible; la ficción se torna verídica. Y, luego, toca pagar el precio, se quiera o no.

**Carlos Martí**  
Valencia, 2016

Para mi padre,  
por los consejos  
que me dio con  
sus palabras y las  
enseñanzas que  
me regaló con  
sus silencios.

**José Miguel Cuesta**

«Era más de media noche,  
antiguas historias cuentan,  
cuando en sueño y en silencio  
lóbrego envuelta la tierra,  
los vivos muertos parecen,  
los muertos la tumba dejan.»

*El estudiante de Salamanca*, José de Espronceda

# Preludio

## Extracto del diario de Daniel Blanch

*Quise morir esa misma noche. Solo, sin esperanza ni sueños; morir sin un lamento, en silencio. Pero supe que no iba a ser así. Había intentado escribir unas frases para liberarme del dolor que me embargaba y poder olvidar, aunque solo fuera por unos instantes, la terrible realidad de mi situación. No acababa de entender la razón que me hacía pensar que eso me podía ayudar a mitigar el dolor. ¡Qué ingenuo! ¡Qué infeliz! ¿Por qué insistía en ello? A pesar de mi desdicha, a pesar de mi desolación, como el moribundo que se aferra a la vida ante la proximidad de la muerte luchando en vano ante lo inevitable, así intentaba que no me abandonase la última esperanza, si es que todavía quedaba alguna.*

*Me pregunté por el motivo incomprensible que me impulsaba a escribir las notas, el lamentable diario. No sabía el porqué, pero allí estaba, con mis pensamientos quebrados por días y días de inmensa tortura, recordando cuando todo empezó, hacía más de tres meses.*

*Escuchaba el viento que se filtraba por la ventana, resonando en mis oídos: sobrecogedor, inmisericorde, acusador. Quizá eran voces de espectros que nunca descansan ni duermen y me persiguen, incansables, en las pesadillas.*

*Quisiera morir, ya lo he dicho, pero no sé si podré, pues quizá ya esté muerto.*

# I

## El Libro de Sadoc

¿A quién persigues? ¡A  
un perro muerto, a una  
pulga! Que el Señor sea el  
árbitro y juzgue entre  
nosotros dos. Que él  
examine y defienda mi  
causa y me haga justicia  
librándome de tu mano.

*Samuel, 24,15*

**Salamanca, 7 Noviembre 1779**

**C**uando llegaba la oscuridad eran muy pocos los  
que se aventuraban a pasear por las calles

solitarias si no era por algún motivo necesario. En la ciudad no había apenas robos ni crímenes durante las horas de sol, pero después del ocaso dejaban de ser seguras. La baja temperatura y la humedad, sobre todo cuando se acercaba el otoño a pasos agigantados, no era recomendable para la salud, además de que la escasa luminosidad era un inconveniente para deambular sin razón alguna. Sin embargo, para nosotros era uno de los mejores momentos del día, cuando el sol y el atardecer se habían alejado definitivamente y las sombras se deslizaban por las paredes de las casas, recorriendo las calles como seres vivos. De cuando en cuando veíamos nuestros rostros iluminados por la tenue luz del candil que llevábamos para, al momento, volver a desaparecer de nuevo.

Se había levantado un viento frío cuyo susurro rompía el mudo silencio que reinaba entre nosotros desde hacía ya largos y expectantes minutos.

—¿Cuántos años hace que somos amigos? —me preguntó de repente Bernard Argibay. Era propio de él cambiar el tema de la conversación y sorprenderme con algún giro inesperado. Lo miré pero su rostro estaba oculto en la negrura.

—Pues no lo sé con seguridad. Pregunta a las calles de Salamanca que nos han visto nacer y crecer —le respondí jocosamente— porque ya ni lo recuerdo. Supongo que desde que tenemos uso de razón, o antes incluso. ¡Qué sé yo!

Era cierto, Bernard y yo nos conocíamos desde hacía tantos años que no recordaba un tiempo en el que no hubiéramos sido amigos. Los dos compartimos los juegos de la niñez, después las aventuras inconscientes de la juventud; también habíamos vivido nuestros primeros amores con jóvenes risueñas que gustaban de coquetear con nosotros, con sueños cargados de fantasía, expectativas futuras en las que se veían cortejadas y amadas.

Está mal hablar de mí mismo, pero sí puedo hacerlo de mi amigo y debo decir que Bernard era un joven apuesto, gallardo e, incluso, durante algunos momentos de lucidez, bastante inteligente (aún puedo bromear). Llevaba el pelo largo casi rozándole los hombros, sus ojos eran del color marrón oscuro de la tierra y le gustaba lucir una leve barba que cubría su barbilla y le daba un aspecto aristocrático. Estando a su lado sabía con certeza que no me iban a faltar las más guapas chicas de la

ciudad, pero mi corazón ya estaba comprometido, es más, encadenado por voluntad propia. Quizá podría pensar que era demasiado pronto para cerrar las puertas a las aventuras amorosas y más en un joven algo alocado y con toda la vida por delante, pues solo tenía diecinueve años. Pero estaba seguro de haber encontrado esa mitad del alma que cada uno de los seres humanos perdió al principio del tiempo y, cuando se está seguro de haber encontrado el alma gemela, no se puede dejar escapar. Estaba total y prendidamente enamorado de Julia de Born, la criatura más bella que ha pisado nunca la tierra. No quería otra mujer, ni quiero ahora, ni querré nunca. Bernard siempre dijo de mí que era un enamorado insufrible.

Más tarde, cuando los años de la niñez pasaron como pasa la primavera, Bernard y yo decidimos cursar los estudios de Medicina en la Real Academia de Salamanca. Bernard era un digno discípulo del gran Hipócrates de Cos. En esos momentos habíamos superado ya el segundo año de la carrera y ante nosotros se abría un mundo infinito por descubrir. Ambos sentíamos una especial atracción por los misterios del hombre, desde los más físicos hasta el alma intangible. Deseábamos desvelar esos

secretos y que fuesen la luz que nos iluminara. Por otro lado, sanar y aliviar a las personas se nos antojaba una tarea transcendente. No puedo negar que, al mismo tiempo, nos embargaba la satisfacción de una cierta superioridad, de un poder que nos situaba por encima de la gente común. Tal vez no fuera una sensación del todo digna, y chocaba directamente con la recta moral a la que nos debíamos por juramento.

—Bien sabes, Daniel, que cada día que hemos pasado juntos es testigo de la confianza y sinceridad que hay entre nosotros —me dijo en tono solemne—. No hay otro hombre en el mundo en cuyas manos depositaría mi vida.

—Por supuesto, Bernard, eres más un hermano que un amigo —afirmé.

—Espero que sea siempre así. Nuestras vidas están unidas por algo que va más allá de la simple amistad. —Se quedó pensativo unos momentos—. No es la primera vez que te pido que confíes en mí.

—Ni será la última —añadí—. No me importaría poner mi vida en tus manos. Confío tanto en ti que incluso podría dejar que Julia durmiera contigo en el mismo lecho. Estoy seguro que no le tocarías ni un solo cabello, ni siquiera rozarías su piel.

—Sí, claro... Julia —sonrió—. Puedes estar tranquilo. Pero tampoco me pongas a prueba. Las estatuas y las gárgolas inertes solo están en las catedrales y los templos: yo no soy de piedra.

—Lo estoy y lo estaría en cualquier caso —insistí—, por eso nunca he dudado de ti, ni de tus palabras. Pero dime lo que tienes en mente. Me estás intrigando con tantos rodeos. Cuando quieres ponerte misterioso, lo consigues.

—Dime, Daniel, ¿cuál crees que es el mayor deseo de los hombres? —dejó caer la cuestión como una repentina e inesperada ráfaga de viento.

—¿Lo que más desean los hombres? —medité unos segundos repitiendo la frase en voz alta. Era el mismo Bernard, como siempre, con sus sorpresas y sus cambios de conversación inesperados.

—Sí, es una pregunta sencilla —me dijo con cierta ironía al ver que tardaba en contestar.

—¿El amor... el dinero tal vez? —le respondí sin más, con una sonrisa dibujada en mi rostro que rápidamente se difuminó ante su expresión circunspecta. A veces su mirada me hacía preguntarme qué errabundas ideas podrían estar pasando por su mente, en ocasiones demasiado compleja. Pero era mi amigo, y tenía que aceptarlo.

—Si existe algún dios piadoso en el Cielo, espero que no haya escuchado esas ignorantes sandeces —me recriminó—. No son propios de ti unos pensamientos tan vulgares. ¿El amor, el sexo, el dinero...? ¿Esos son los sueños que mueven a la humanidad? ¿Eso es lo que crees o estás de broma? ¿Quizá me tomas por un estúpido? ¡Por el amor de Dios!

El viento se llenó de un aliento húmedo y un escalofrío recorrió mi espalda. La luz tenue de la luna y el candil creaba un entorno de ensoñación.

—Bernard, yo... —titubeé antes de proseguir. Aunque de él me podía esperar una salida de tono como aquella, me dejó bastante consternado—. Tu pregunta me ha sorprendido. Sin duda no la esperaba y no he podido asimilarla. Por lo que parece, hemos pasado de hablar de temas banales a otros más trascendentes. Y yo sin darme cuenta.

—Bien, dime entonces ¿qué anhelan los hombres? —me volvió a preguntar como si fuera la primera vez y no hubiera escuchado mi anterior respuesta. Me miró a los ojos al tiempo que, con la mano derecha, me sujetaba el brazo.

—No lo sé, pero estoy seguro de que tú sí lo sabes.

Empezaba a mostrarme molesto con su actitud. Por momentos, se había transformado en un inquisidor deseoso de quemar a su víctima en una improvisada hoguera. No eran pocas las veces en las que tenía que morderme la lengua y hacer acopio de paciencia para no enfadarme con él de verdad. Pero en esa ocasión estaba cruzando el Rubicón.

—Es una pregunta fácil para alguien culto como tú —insistió—. No me defraudes. Vamos, te hacía más inteligente. Con esas respuestas no creo que estés capacitado para estudiar Medicina conmigo. Así no podrás seguir mis avances y te quedarás rezagado, lo que sería una verdadera pena para los dos. Me gusta tu compañía —bromeó intentando rebajar la tensión que se había creado entre nosotros.

—Está bien —le dije—. Si lo pienso bien, creo que deseamos de una u otra forma el poder.

—Todo lo que has dicho son deseos, pero no lo que más se desea. Piensa que tanto el dinero como el amor e incluso el poder son efímeros, condicionados al tiempo de duración de la vida. Al final solo son deseos mundanos, sin transcendencia.

—¿Qué más hay entonces? Tú dirás —le apremié—. Este juego me empieza a aburrir.

–Lo que más se desea es... la eternidad – concluyó, y después guardó silencio unos segundos esperando mi reacción, algo que hacía habitualmente y que me molestaba mucho. Al momento continuó—. Los hombres buscan trascender por encima de todo, perpetuarse en el tiempo, ya sea en esta vida o en la que, quizá, nos aguarda en el Más Allá. Deseamos existir para siempre, pues la conciencia es el más grande y último don que Dios nos ha otorgado, el fuego de Prometeo, la manzana del Paraíso. Doblegar al tiempo y vencer a la muerte. Devorar días eternos en los que el conocimiento fluiría como un río predestinado a alcanzar un océano infinito. La eternidad otorga todo el poder necesario, el dinero pierde su valor, el amor no tiene fin ya que puedes amar cien veces, mil veces. Tienes todo lo que puedas desear: si eres eterno, también eres dueño del tiempo.

–La eternidad es un imposible. Tu sueñas con el Elixir de la Vida, que no es más que una quimera –le respondí—. Además, lo eterno no tiene ningún sentido. ¿Vivir para siempre? ¿Serías feliz viendo envejecer a tus amigos, a tus familiares, mientras tú continúas siendo joven? ¿Te gustaría serlo mientras

las personas que amas envejecen a tu lado? No todos desean vivir eternamente, algunos preferimos que la existencia siga su curso y hay quienes aborrecen cada momento que pasan en la superficie de este mundo, odian incluso la luz del sol y las caricias del viento. La vida no es igual de dichosa para todos; para algunos puede ser incluso un infierno.

—Solo por la ignorancia, el miedo o el dolor que sufren en momentos determinados —insistió Bernard—. Eso creía yo también. Al igual que tú, no me dejo engañar por supersticiones o tonterías vacuas, pero he vivido una experiencia que me ha hecho pensar lo contrario. —Se quedó callado y al momento dijo—: Es como si hubiera encontrado ese fuego de Prometeo o le hubiera dado un buen mordisco a la manzana del Paraíso Perdido.

—¡Pues explícate, por todos los santos! —exclamé—, que no viene mal un poco de luz en esta época oscura. Vamos, ¡ilumíname! —le dije con cierta sorna que no se tomó a mal.

—Ocurrió hace una semana —empezó a contarme mientras perdía su mirada en las estrellas que habían aparecido en un claro dejado por las nubes. Al momento las luminarias del cielo fueron devoradas de nuevo por la oscuridad—. Me encontraba una

tarde en la biblioteca del Convento de San Esteban buscando tratados sobre la medicina en el antiguo Egipto cuando, por casualidad, encontré un libro que llamó mi atención. Estaba oculto tras unos códices del *Nuevo Testamento* y parecía muy viejo. Lo cogí por simple curiosidad y me pareció que se trataba de un evangelio. Te confieso que por un momento me sentí algo defraudado. La verdad, no sé qué esperaba encontrar. Estuve tentado de dejarlo donde lo había cogido pero algo, una extraña sensación que no puedo explicar, hizo que lo retuviera entre mis manos. En la cubierta, bastante desgastada, aún se podía leer el título en latín con meridiana claridad: *El libro de Sadoc*. Aunque no soy ningún experto, me di cuenta enseguida de que se trataba de un evangelio apócrifo.

—Es un personaje bíblico —le interrumpí—. Sadoc era el sacerdote y mano derecha del rey Salomón. Se lo nombra en los primeros versículos del *Libro de los Reyes*.

Debo reconocer que apenas consideraba *La Biblia* como un conjunto de leyendas y mitos, no muy diferente a las mitologías de otros pueblos, pero, gracias a la educación que había recibido, conocía bastante bien sus libros y versículos. Algunos de

ellos, como *El Apocalipsis*, el *Libro de los Reyes* o *Los Jueces*, me resultaban bastante entretenidos.

—Así es, amigo Daniel, sin duda el nombre de Sadoc fue lo que me hizo pensar que me encontraba ante un evangelio. Pero hay algo más que me resulta difícil explicar, incluso a ti, que eres mi mejor amigo.

En ese momento se quedó en silencio. Dudó claramente de si debía o no continuar narrando lo sucedido.

—Bueno, Bernard —le dije—, si crees que puedes decir eso y después callarte, así, sin más, y pensar que voy a permanecer indiferente, como si no me importara nada, es que no me conoces, lo cual dudo mucho. O sea, que es mejor que empieces a contar lo que tengas que decir.

Mi amigo tomó aire como el que va a dar un paso al borde de un precipicio y sabe que no hay vuelta atrás, consciente de que ese paso será el último.

—Y si te dijera que, de alguna manera que no puedo explicar ni entiendo, yo era Sadoc en ese tiempo pasado. Que de alguna forma fui el sacerdote de Salomón y ahora, milenios después, ocupo este cuerpo que ves. Que el espíritu, o el alma, o como quieras llamar a lo que nos hace sentir vivos, sigue perdurando en el tiempo, viviendo nuevas

existencias. Es algo que no puedo entender. A mi mente acuden recuerdos, instantes, frases y palabras que jamás había pronunciado. No hago más que darle vueltas y más vueltas. Es como si estuviera poseído, y me pregunto constantemente si no me estaré volviendo loco. A veces, dudo incluso de mi propia identidad.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le interrumpí tras unos segundos de silencio y estupefacción—. ¿Cómo puedes tener esas ideas tan peregrinas? No es propio de ti. Quizá ni siquiera existió ese personaje. Debes mostrar algo más de sensatez... a no ser que me estés gastando una estúpida broma que, te lo aseguro, no me hace maldita la gracia. ¿Me estás diciendo que existe el alma, que es inmortal, que pasa de un cuerpo a otro cuerpo a lo largo del tiempo? ¿Que fuiste Sadoc y ahora eres Bernard Argibay? Bueno, me voy a mi casa —me di la vuelta enfadado de verdad—; ya hablaremos mañana —concluí.

—Espera para emitir un juicio a que acabe de contarte lo que ocurrió —se puso delante y apoyó su mano en mi pecho—. Escucha lo que te voy a decir. Ni yo mismo lo entiendo, pero antes dijiste que confiabas en mí; ahora tienes que demostrarlo.

—Julia me espera mañana temprano, no quiero ir con sueño ni con la cabeza llena de majaderías — aparté su mano con delicadeza y seguí caminando. A los pocos pasos advertí que Bernard no se había movido y me detuve. ¡Qué demonios! ¡Era mi amigo del alma! A regañadientes, volví sobre mis pasos—. Está bien, perdóname. Me he excedido. Te escucho.

Bernard me miró. En esos momentos y por primera vez en años, no supe leer en sus ojos el mensaje que me enviaba. Días después... demasiado tarde, entendí que había en ellos un abismo, una profundidad oscura en cuyo fondo descansaba la tragedia. Pero entonces no lo vi. ¿Cómo podría haberlo hecho?

—Cogí el libro con sumo cuidado —retomó su relato— temiendo, por el estado en el que se encontraba, que se deshiciera entre mis dedos convertido en polvo. Sin embargo, no fue así. A pesar de su frágil apariencia, estaba bastante bien conservado. Era a todas luces un incunable. Como te he dicho, estaba escrito en latín y tenía adornos al estilo de los monjes jacobinos. Narraba hechos ocurridos bajo los últimos días del reinado del rey David y, de seguido, toda la vida de su hijo Salomón,

el rey más sabio del pueblo de Israel, el primer y más grande mago que ha conocido este mundo.

—Dime, Bernard, ¿qué te hace creer que eres una encarnación de ese personaje? —le interrumpí.

—Es lo que pretendo explicarte, pero no es nada fácil. Solo dame un poco de tiempo.

»Sin pensarlo dos veces cogí el códice y me lo llevé. Como bien sabes, mi opinión sobre *La Biblia* es muy clara: es una obra que reúne los hechos, unas veces con más rigor y otras sin ninguno, de la historia del pueblo judío. Los autores, en demasiadas ocasiones, dejaron volar su imaginación a bastante más altura que la que llegó a alcanzar la Torre de Babel. Sin embargo, cuando empecé a leer el *Libro de Sadoc*, me di cuenta enseguida de que había en él algo que lo hacía diferente. Narraba con mayor realismo los hechos ocurridos y profundizaba mucho más en los pequeños detalles y los porqués. Pero al margen de la narración de las vicisitudes, las intrigas, las venganzas y los romances de Salomón, encontré en sus páginas una descripción que me dejó asombrado. ¡Se trataba del método detallado, como si hubiese sido escrito en nuestra propia época, en nuestro iluminado siglo XVIII, de cómo convertir a un hombre en inmortal! Sin duda el proceso es

muy complejo, incluso podría llevar años preparar y conseguir todo lo necesario para llevarlo a cabo, desde los materiales hasta los medicamentos necesarios, algunas plantas y raíces. Lo he podido leer varias veces, repasar las instrucciones; si acaso fuera cierto, creo que se puede realizar. No te preocupes, después te mostraré el libro y te lo dejaré si quieres. Ya te digo que saber el cómo no quiere decir que estemos capacitados para realizar esa complicada operación. Al margen de la historia de Salomón, una parte significativa del volumen era un compendio de alta magia, descrita hasta en los más pequeños e insignificantes detalles.»

—Sigue, Bernard, no te detengas, me tienes en ascuas —le apremié.

—Esa misma noche ocurrió un hecho extraño. De alguna forma que no puedo explicar ni entender, recordé aquel tiempo de hace casi tres mil años cuando, aunque por momentos no sé si es fruto de una sorprendente locura, viví al lado de Salomón como su sacerdote Sadoc. Te puedo asegurar que vinieron a mi mente hasta los más mínimos detalles que puedas imaginar: frases, palabras, sensaciones, incluso olores. No puede ser más que un recuerdo, estoy seguro. Mi mundo cambió en unos instantes y

el Bernard que conocía pasó a ser parte de una efímera historia. Me resultaba muy difícil de creer, pero hay algo diferente y especial en esos extraños sueños, algo que los hace diferentes a cualquier cosa que me haya pasado antes. Tiene que ser cierto, de alguna manera sé que es verdad, que ha sido mi vida, otra vida, y otra existencia, Cuando acabe de contártelo, creo que tú también estarás convencido de ello.

—¿No has pensado que tal vez solo fue un sueño, influido por la lectura de ese evangelio apócrifo? — Intenté que mis palabras no le ofendieran.

—Te juro que dudé, pero sé distinguir entre un sueño y un recuerdo. Aquello era parte de mi vida, aunque fuese de otra vida. Insisto: estoy seguro de que era un recuerdo. Al leer el libro se abrió en mi interior una puerta que había estado mucho tiempo cerrada.

—Está bien, cuéntame entonces lo que recordaste, Bernard. Te escucho.

—Me encontraba en el balcón de un palacio —me dijo sin más preámbulos—. Estaba atardeciendo y el frío se abría paso entre los últimos rayos del sol. El horizonte ardía con un resplandor rojo. Mirando al ocaso, intuí las llamas coronadas de lamentos que

venían de la distancia. Creí escuchar el sonido de espadas entrechocando en el campo de batalla. Imaginé a los guerreros con la sangre ardiendo en las venas, hastiados de matanzas y saqueos. Entendía que la crueldad era algo inherente al género humano y, aunque no estaba de acuerdo con algunos comportamientos, los aceptaba sin ningún remordimiento. ¿Quién era yo para cambiar el carácter humano que la naturaleza había forjado con el paso de incontables milenios? Esos eran mis pensamientos, no puedo mentirte.

—No hemos cambiado mucho —tercié—. El paso del tiempo no ha hecho variar demasiado los defectos y virtudes de los hombres y estoy seguro de que no lo hará en el futuro.

—La noche llegaba —prosiguió como si no me hubiera escuchado—, y desde el inmenso balcón del palacio la visión se oscurecía al mismo tiempo que el día se aproximaba a su fin. Apoyado en la barandilla de mármol, un estremecimiento recorrió toda mi espalda y continuó por los brazos. Llevaba puesta una bata de seda negra bordada con hilos de plata, adornada con diamantes, turquesas y jade verde, pero apenas abrigaba mi cuerpo desnudo. Recuerdo que crucé los brazos sobre el pecho intentando

protegerme un poco. Sentí un leve calor gratificante muy parecido al placer que estaba sintiendo desde hacía algunas horas, pues sabía que los enemigos de mi rey, Salomón, y por tanto los míos propios, estaban siendo masacrados por nuestros soldados. Me resultaba muy placentero. La victoria siempre lo es.

—¿Cómo puedes recordar esos detalles?

—No tengo más que recordar y de nuevo me siento como poseído por una mente y un espíritu que me son ajenos. Ya te lo he dicho, incluso acuden a mis labios palabras que no son mías, conceptos que nunca había escuchado. Quizá sea una prueba más de la veracidad de lo que te estoy contando. Pero déjame que prosiga.

»A pesar de que Adonías, el traidor anhelante del poder del rey David, se hubo aferrado a los cuernos del toro en el templo, intentando salvar su vida acogiéndose a los preceptos de la tradición, nuestro general Benayas le habría dado muerte sin piedad y la cabeza del pérfido conspirador y pretendiente al trono, que por derecho le correspondía a Salomón, ahora sería un adorno precioso en la punta de una lanza.

»Después llegaría el final para Abiatar, mi odiado antagonista. El sacerdote de David que había cometido la mayor de las infamias al traicionar a su señor en el lecho de muerte, cuando este nombró como sucesor a su hijo predilecto: el gran Salomón. Abiatar no lo había aceptado, tomando partido por Adonías.

»Tenía reservada la más cruel de las muertes para Abiatar. Le haría sufrir hasta que su vida fuese una completa agonía y me rogara desesperado que le diera una muerte definitiva. El odio que sentíamos el uno hacia el otro no tenía fin ni medida alguna. Siempre habíamos buscado la destrucción mutua, pues ambos queríamos el poder que nos permitía escuchar las palabras sagradas del Creador. Él, Abiatar, había estado muy cerca del conocimiento al llevar sobre sus hombros el Arca y siendo la sombra del rey David, pero al final se equivocó al situarse en el bando del perdedor Adonías, y ese error le iba a costar mucho más que perder la vida.

»Mi señor, el rey Salomón, se encontraba en la habitación cuyas puertas se abrían al balcón. En esos momentos estaba ocupado con sus juegos amorosos. Pero incluso a mí me preocupaban estos, ya que el joven rey se adentraba en lugares prohibidos, donde

no podía ningún hombre, y lo hacía con demasiado frecuencia. Poseído por los inmensos placeres que conseguía con sus prácticas, no era consciente de las fuerzas que desataba sobre el mundo.

»No podía alejarme mucho. Salomón estaba capacitado para controlar a los seres que convocaba con artes arcanas, pero mi presencia era necesaria: debía vigilar y, en el caso de que fuera preciso, intervenir con mis propios conocimientos sobre sortilegios y conjuros.

»Aparté con suavidad las tupidas cortinas de seda que cerraban el paso a la habitación. En el interior un perfume de canela y aromas exóticos se mezclaba con el olor a sudor que enrarecía el aire cautivo entre paredes y magia. Solo cuatro candelabros, con ocho incensarios cada uno, iluminaban el lugar de forma tenue, creando un ambiente de irreal ensoñación.

»Salomón se encontraba extendido en un suelo de mármol negro como la noche, con los brazos abiertos y las piernas extendidas. Se hallaba completamente desnudo, rodeado de una neblina creada por el fuego de los candelabros que acariciaba su piel como si se tratara de los dedos sedosos de una mujer. Su cuerpo estaba enmarcado por una estrella de seis puntas que había sido

dibujada con absoluta precisión. Un poco más alejadas, otras seis estrellas de menor tamaño se situaban en los seis vértices de la más grande. El rey entonaba unos cánticos antiguos, sus palabras no eran más que susurros, casi inaudibles pero de gran efectividad y poder. Salomón no solo era el rey de Israel, sino también el soberano de los efrits; a él obedecían y cumplían con presteza todos y cada uno de sus caprichos.

»La última noche de cada mes, sin falta, se cumplía el mismo ritual, y ahora que sus enemigos estaban derrotados o muertos lo hacía con mayor libertad e impunidad. Solo Yahvé, de ojos infinitos y mirada eterna, podía ser testigo y juez de sus actos. Pero Salomón era su hijo predilecto, como lo había sido en vida el rey David, por eso no sería nunca castigado. Era como el hijo descarriado cuando mide el alcance de la paciencia de su progenitor y sabe que este le ama a pesar de todo.

»El harén del rey contaba con mil concubinas, pero a excepción de Abisag, ninguna lograba satisfacerlo. Por ello utilizaba el poder y la magia: para buscar el placer más allá de lo que el mundo terrenal podía ofrecerle.

»Recordé en sueños cómo el humo que había en la habitación comenzó a formar extraños remolinos, como si un viento inexistente se hubiese agitado en el interior de la sala. Salomón dejó de entonar los cánticos y bajó los párpados esperando la llegada de los efrits que, como cada noche que se desarrollaba el ritual, acudirían a su llamada.

»Los demonios surgían arrastrándose entre las sombras, adquiriendo sensuales formas femeninas. Eran atraídas y dominadas por el poder de la estrella de seis puntas, el sello mágico que encadenaba a las mujeres demoníacas de Edom. Eran semejantes a panteras en celo, se arqueaban como felinos y mostraban al rey toda la belleza de sus cuerpos. Sus formas redondeadas, los rostros de imposible belleza de labios de sangre y miradas de fuego. Aquellos seres adquirirían la apariencia más hermosa que cualquier hombre pudiera soñar.

»Mientras observaba noté cómo crecía en mi interior el deseo y la lujuria, pero no podía dejarme llevar por las pasiones. Tiempo habría más adelante para esos menesteres. Pude recordar, pues esas imágenes que me asaltaron eran mi memoria perdida, cómo una de las mujeres acariciaba el cuerpo de mi señor y le daba un masaje por el torso.

Dos de ellas rozaban con sus dedos las piernas desnudas de Salomón, después aproximaron sus labios y recorrieron la piel tersa. Sus lenguas sedosas y húmedas ardían con el fuego de una pasión desconocida.

»En un rincón de la habitación, la joven Abisag, la sunamita, que en su momento calentó el lecho del anciano rey David y ya era la preferida de Salomón, contemplaba la escena con sus ojos dulces, ajenos a la dimensión y la naturaleza de lo que veían. Estaba asustada, temblorosa como una frágil rama a punto de quebrarse. A pesar de su miedo esperaba dócil, como correspondía a su condición. Su alma transcendía a la escena que tenía lugar, llenando el ambiente de una bondad innata. Sin embargo, en esos instantes solo era una observadora, como si de una estatua se tratara. Podía mirar pero no intervenir. Así tenía que ser, por su propia seguridad, pues nadie hubiera podido protegerla de aquellas criaturas. Si en un momento de debilidad la joven o cualquier otra persona hubiera entrado en la orgía, en pocos segundos habría sido despedazada. Las mujeres de Edom solo eran para Salomón y solo Salomón podía controlarlas.

»En la sala de mármol negro, los tapices de seda se agitaban mecidos por un viento imposible, mostrando de vez en cuando, al compás de sus movimientos suaves, el brillo de las estrellas que se atrevían a observar tras los alféizares puntiagudos. El frío del desierto recorría las paredes buscando como hace un áspid algún cuerpo al que herir con sus punzantes colmillos, pero, en el interior, el cuerpo desnudo de Salomón ardía ajeno al aliento de la noche, envuelto en un manto de fiebre.

»Cuando los demonios desaparecieron entre los ángulos del sagrado símbolo de la estrella de seis puntas, mi rey se quedó tumbado sin fuerzas. En ese instante Abisag se acercó a él y con un paño secó el sudor de todo su cuerpo. Lo hizo con calma y cariño, desde los dedos de los pies hasta la frente, por la espalda, los hombros, las piernas, el agotado sexo. El rey se quedó dormido, su pecho se expandía bajo una tranquila respiración, y Abisag continuó acariciando su piel como si fuera un preciado tesoro.

»Yo no podía apartar la mirada de aquella joven. Sentí celos, incluso odio, no podía evitarlo, ya que no podía engañarme a mí mismo: estaba enamorado de ella, pero sabía que para mí era inalcanzable y eso me hacía amarla todavía más. Mi señor estaba por

encima de todo, más allá de las simples pasiones humanas. Yo podía amar a aquella mujer tanto como podía odiar a Abiatar, pero los vulgares sentimientos no ejercían ninguna influencia sobre mí. Amor, odio, compasión, miedo, yo dominaba las pasiones, yo era Sadoc, el sacerdote, el mago. O eso creía.

»Ya avanzada la noche, Salomón despertó. Abisag todavía estaba a su lado arrodillada acariciando sus cabellos oscuros. Yo me encontraba también allí, sin dormir, acompañado de mis meditaciones y de mis pasiones. El rey se incorporó y la sunamita lo ayudó a vestirse. Cada vez que observaba sus suaves movimientos y sus manos frágiles moverse como si siguiera el ritmo de unas notas musicales, me creía morir por no ser yo el objeto de aquellas caricias.

»—Gracias, amada Abisag, brillante luz del amanecer —le dijo el rey con cariño mientras rozaba el rostro de la joven con sus dedos—. No deberías estar despierta, los más bellos sueños esperan a la más hermosa de las mujeres.

»—Mi señor, tú eres el más hermoso de mis sueños. ¿Para qué quiero dormir, si te tengo a mi lado?

»Salomón la besó en la frente y la envolvió entre sus brazos. Momentos después se percató de mi presencia.

»—Sadoc, tú también debes descansar —me dijo—. Mañana será un día muy largo.

»—Solo esperaba para decirte que nuestros enemigos han tenido el destino que merecían —repuse—. Ante la traición se ha hecho justicia. He sido informado de que Adonías ha muerto como ordenaste, tu madre Betsabé estará satisfecha; Benayas ha cumplido con fidelidad nuestros mandatos, Joab, hijo de Sarvia, ha huido, pero será capturado en breve; Abiatar, el sacerdote, ha sido capturado, también Katebet, su mujer predilecta.

»—Escúchame bien, fiel Sadoc —me advirtió realizando un esfuerzo por humedecerse los reseos labios—: no quiero que mates a Abiatar. Fue el sacerdote de mi padre, el rey David. Quiero concederle el privilegio de la vida.

»—Lo sé, mi señor, pero... —intenté argumentar.

»—Y no solo fue su sacerdote —me interrumpió—, también llevó a sus espaldas el Arca de la Alianza. No puede morir.

»—Entonces no morirá —respondí mientras besaba su anillo sagrado.

»Después me marché de la habitación dejando a Salomón con Abisag. Allí, tras de mí, quedaba el ambiente de sueños oscuros donde la magia había abierto el umbral a mundos prohibidos. Compartíamos secretos de tiempos olvidados, cuando los dioses, los hombres y seres que no eran ni lo uno ni lo otro convivían bajo el mismo sol.

»Recuerdo que me sentía cansado. Necesitaba dormir unas horas, pues me aguardaba un día repleto de acontecimientos en los que iba a ser parte y partícipe. Abiatar me esperaba y, como me había dicho mi rey, el antiguo sacerdote de David no podía morir. Por supuesto, obedecería la orden de mi señor, pues sus órdenes eran la ley y mucho más: eran la palabra de Dios.

»Abiatar no moriría.»

## II

### Reyes del abismo

«El rey dijo al sacerdote Abiatar: Vete a Anatot, a tus tierras, pues eres reo de muerte. No te doy hoy muerte porque has llevado el arca del Señor, Dios de mi padre David, y porque tuviste parte en todas las tribulaciones de mi padre.»

*Reyes 2, 26*

¿Puedes entender, Daniel, de qué manera han llegado hasta mí esos recuerdos? Ayúdame a encontrar una explicación que no consigo alcanzar

por mucho que lo intento. ¿Cómo puedo recordar incluso las palabras de cada frase, sentir los olores y las fragancias de aquellos momentos y los pensamientos cruzando su mente como si fuera hoy mismo? ¿Cómo? Me lo pregunto una y otra vez y no logro encontrar ninguna respuesta sensata.

—Mira, Bernard, puede resultar extraño, sin duda —le dije—, pero estoy convencido de que debe haber una explicación lógica, e incluso científica. Sabes tanto como yo que la razón está por encima de la superstición. Somos hombres cultos, no podemos dejarnos llevar por conjeturas sin sentido ni fundamento.

—Todos los recuerdos están en mi mente como si no hubieran pasado más que unas horas desde que ocurrieron los hechos; aunque estos tuvieron lugar hace miles de años, parece que fue ayer —continuó como si no me hubiera escuchado. Me pareció que estaba poseído por una fuerza extraña y me dio miedo. Nunca había visto a Bernard con aquella expresión, tan excitado y absorto en sí mismo.

—El día siguiente amaneció enmarañado de nubes bajas y oscuras, daba la impresión de que podía rozarlas con mis dedos. El viento se agitó como un espíritu maldito. Sin duda ese iba a ser un día de

pesadumbre y condena. Pero no me importaba, los acontecimientos ocurrían de acuerdo a la voluntad de Dios y según sus designios. ¿Quién era yo para opinar? Además, también estaba la voluntad de Salomón y debía ser respetada como si fuera la de Yavhé. El rey era una manifestación de Dios en este mundo. Sus órdenes eran la Voz del Supremo y como tales debían ser obedecidas.

»Me habían informado de que Abiatar, cargado de cadenas, estaba prisionero en una mazmorra, lo cual era un trato indigno para su persona. Esa situación iba a cambiar por completo en cuanto me encontrase frente al sacerdote.

»No era habitual que bajase a los calabozos. Allí el ambiente hedía a miseria y enfermedad, era el lupanar de los demonios y la muerte. Descendí por una escalera de piedra que, humedecida por filtraciones de agua y el moho que se creaba en ellas, resbalaba como la piel del diablo. Los pasadizos eran angostos y oscuros, me repelía el más leve contacto con aquellas paredes que, en la oscuridad escasamente iluminada por la oscilante antorcha del carcelero que me guiaba, imaginaba manchadas de sangre e inmundicias. Me encogí sobre mí mismo, apretándome hombros y brazos, intentando no

rozarlas. Al fin, después de un tiempo que se me hizo eterno, el carcelero se detuvo ante una puerta de gruesa madera y metal. Dejó la antorcha que llevaba a un lado y sacó la llave para abrir la celda. El aire que emanó del interior fue como una bocanada surgida del infierno. Sentí unas náuseas incontrolables. Creo que el carcelero se dio cuenta de que me había mareado, ya que intentó sujetarme, pero antes de que me tocara lo detuve con un gesto. La sala que se abría ante mí exhalaba el aliento del demonio. No tengo palabras para describirlo, pero el olor quedó grabado en mi alma más que ninguna otra sensación que pudiera vivir en mil años. Abiatar apenas llevaba unas horas allí, le habían atado con pesadas cadenas a la pared, dejando colgado su cuerpo a dos palmos sobre el suelo. Pero lo peor no era eso: lo más terrible era que estaba rodeado de cadáveres putrefactos de otros condenados a los que nadie se había molestado en sacar de allí cuando murieron. Cuerpos descompuestos, amontonados en un altar de vísceras, huesos, músculos y excrementos. Ese era el verdadero motivo del espantoso olor. De nuevo estuve a punto de vomitar, pero me repuse con gran esfuerzo; como sacerdote no podía dar muestras de debilidad. Lo cierto es que

no sé cómo pude soportarlo, pero sacando fuerzas de donde ya no quedaban, mantuve mi integridad como me correspondía.

»El antiguo sacerdote de David estaba consciente, magullado y sucio, pero sin heridas graves; no parecía que se hubieran ensañado con él. Abiatar apartó los ojos, ladeando la cabeza, cegado ante la repentina luz de la antorcha.

»—No te preocupes —le dije—, ahora mismo te voy a sacar de esta pocilga de muerte. Por mucho que pueda odiarte, la dignidad entre los adversarios es algo que debe respetarse. En cierta manera eres mi igual, un alma gemela sobre la superficie de este mundo. Son muy pocos a los que puedo considerar así, yo diría que a nadie más. Espero que entiendas que es un honor que hayamos sido enemigos, ya que un hombre se mide por la grandeza de sus antagonistas y tú has sido el más digno entre ellos.

»—Vaya, las ratas hablan —me contestó—. O quizá me estoy volviendo loco. Dentro de poco me creeré el rey de un pueblo de roedores y alimañas. Espero que Yavhé muestre pronto su infinita piedad y me lleve con él, pues supongo que quieres hablarme y no imagino una tortura más cruel. Te juro por lo más sagrado que no quiero escucharte.

»—Salomón me ha ordenado que no te mate —expuse desoyendo su provocación—, y su palabra es la ley del Señor.

»—¿Y qué piensa hacer el gran Sadoc? —me preguntó con ironía—. Si no vas a matarme, ya que eres un cobarde, ¿qué destino me reservas? ¿Vas a torturarme?

»—Abiatar, debo reconocer que eres un hombre único, uno entre millones, por esa razón te reservo un destino también especial. Estoy seguro de que desearás conocerlo enseguida. Sí, has acertado, voy a torturarte como nunca se ha hecho con ningún ser vivo.

»—Pues acaba pronto lo que tengas pensado hacer. —Abiatar pronunciaba las palabras con furia y odio—. Eres peor que los cerdos que se bañan en sus propios excrementos. Y te repito, por si no me has entendido, que no tengo ganas de conversar contigo.

»—Ten paciencia. Conocerás mis intenciones antes de lo que puedas imaginar. Ya lo tengo todo preparado, por lo que no nos vamos a demorar. He tenido que improvisar un poco, ya que esperaba que Salomón quisiera acabar con tu vida, pero tal vez sea mejor así, aunque será peor para ti.

»El muy cerdo me escupió. No estaba cerca y su saliva solo me rozó la sandalia. El carcelero iba a golpearle, pero lo detuve y después le ordené que Abiatar fuera trasladado al templo y que fuese respetado hasta que yo llegara. No quería que fuese golpeado por hombres inferiores ni tratado con desprecio y humillación. Una vez allí, el sacerdote de David debía ser atado a la Piedra de la Fundación. Después solo debían esperar mi llegada.

»La Piedra de la Fundación era el centro del Cosmos, el eje sobre el que giraba el Universo. Dicen las tradiciones más antiguas que Yahvé se situó sobre ella para crear el mundo. De ahí surgió la primera luz que desgarró las Tinieblas, de su superficie se obtuvo, rascando, polvo para crear a Adán; que bajo ella está enterrado. Sobre ella Caín y Abel ofrecieron su fatal sacrificio; de esta piedra vinieron las aguas del Diluvio y bajo esta piedra retrocedieron. Era el mejor lugar para poner en práctica lo que había reservado a Abiatar.

»Cuando llegué ya estaba atardeciendo, los rayos rojos del sol entraban por las ventanas del templo derramando sangre en sus paredes. Varios sacerdotes y guardias me esperaban para comenzar el rito. Sobre la piedra, atado con cuerdas de hilo de oro y

plata, yacía Abiatar, desnudo pero arrogante como no podía ser menos tratándose de alguien que había llevado el Arca sobre su hombro y que había sido el supremo sacerdote del rey David. Conocía mi fuerza y mi poder y, aunque sabía que su fin estaba próximo, no albergaba temor en su corazón. No podía imaginar, ni en sus más dolorosas pesadillas, qué le aguardaba.

»Me cubrieron con la toga ritual de seda, engalanada con pequeñas piedras preciosas, desde turquesas hasta rubís y diamantes, y encendieron el fuego de una fragua situada cerca de la Piedra de la Fundación. En ella debía moldearse un metal que no era de este mundo, un metal que nos había sido otorgado por la gracia de Yahvé, que lo extrajo de las mismas estrellas del cielo para regalárselo a sus hijos: los hombres. Después varios sacerdotes entraron en la sala portando sobre sus hombros la estatua de Dagón. Tras ellos, otro grupo llevaba la imagen de Astarté, diosa del amor y de los deseos carnales. Finalmente otro llevaba una pequeña figura de cera que imitaba un burdo cuerpo humano; en ella estaba grabado un nombre.

»—Invocas a Dagón, al dios del mar, el dios pez de los filisteos, los mismos contra los que David

combatió –me recriminó Abiatar. En sus palabras había arrogancia, odio y desafío—. Los mismos enemigos que enviaron a Goliath contra el pueblo judío causando dolor y aflicción sin límites.

»—Dios tiene muchas formas. No eres quién para cuestionarme. Salomón ha dicho: «Ten cuidado con las palabras, pues son armas de doble filo que se pueden volver contra el que las pronuncia».

»—Sí, es cierto –me replicó—, él mismo consagró unos templos a Astarté, la *boshet*, la abominación de los sidonios, y a Milkom, el horror de los amonitas. Salomón caerá en desgracia ante los ojos de Dios. El Supremo agotará su paciencia y toda su progenie quedará maldita. El pueblo de Israel vagará por el mundo sufriendo por vuestros crímenes un infinito castigo. Vuestros hijos serán cargados de cadenas, perseguidos y odiados. Los cazarán como a perros salvajes y morirán por el fuego, la enfermedad, la esclavitud y el hambre. Los hijos buscarán a sus progenitores en medio de la oscuridad y no los encontrarán nunca.

»—Antes de comenzar –le dije sonriendo, ignorando sus palabras—, te he guardado una pequeña sorpresa. Quiero que tu dolor sea inmenso.

»—¡Acaba conmigo de una vez! –exclamó.

»En ese momento, por un lado de la habitación entraron tres soldados. Llevaban un bulto con ellos. Yo, claro, ya sabía lo que era; Abiatar, para su amargura, comenzó a imaginarlo.

»El sacerdote se retorció de desesperación cuando vio caer ante sus ojos el cuerpo inerte, maltratado y sin vida de la que había sido su esposa. Horas antes había ordenado que fuera violada repetidas veces y, después, asesinada sin piedad...»

En ese instante, Bernard se quedó callado. Su mirada se tornó vidriosa a la escasa luz de una tea que iluminaba en una esquina de la calle la imagen de una pequeña capilla. Pude ver cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla. No me cabía ninguna duda de que estaba plenamente convencido de lo que me estaba narrando. Creía que él había sido en otra vida ese ser deleznable, por llamarlo de alguna manera, cuya crueldad me estaba describiendo con tanto detalle. Lo vi angustiado, parecía que el remordimiento sacudía su alma como una tormenta las hojas secas del otoño. Al poco apretó con fuerza los puños y tras tomar aire siguió narrando:

—La mujer que quedó extendida sobre el suelo de mármol estaba desnuda y ensangrentada como si se hubiesen ensañado con ella antes de matarla. Tenía

los brazos rotos y todo el cuerpo cubierto de moratones y heridas. La mirada, muerta, se perdía en el infinito.

»—¡Maldito seas, Sadoc! ¡Alimaña del desierto! —me amenazó—. No eres más que un miserable cobarde, asesino de mujeres indefensas. No eres digno, ni siquiera eres humano. ¡No eres más que una bestia sin alma!

»—Aquí tienes a tu bella mujer —reliqué con sarcasmo—, ¿acaso ya no es tan hermosa? La joven Katebet es ahora Katebet, la del triste destino.

»—Nuestro Señor Yavhé no permitirá que tu infamia quede sin castigo. Has asesinado sin piedad a una joven inocente. Has cometido una injusticia y el Supremo castigará tus actos. Katebet volverá. Yavhé la devolverá de entre los muertos algún día para que ese día sea tu infierno.

»Por un momento me quedé en silencio, pensando en las palabras que Abiatar profería a modo de maldición, pero enseguida reaccioné.

»—Pues si tiene que volver, lo cual dudo, por lo menos que no encuentre el camino. Al maldecirme a mí, también la has maldecido a ella. Tus palabras serán su condena. Si algún día vuelve a pisar la tierra

y siente de nuevo el viento en su rostro, no verá la luz del sol.

»Ordené que le fueran sacados los ojos al cadáver. Un soldado se aprestó a hacerlo y al momento los tenía en sus manos. Recuerdo que eran azules como un amanecer y también que la sangre los ensombrecía como cuando cae la noche.

»—Eran unos ojos bonitos —le dije a Abiatar—, tanto como lo era Katebet cuando estaba viva. Es una lastima, te lo digo de verdad. No creas que soy tan cruel: mi corazón sufre por lo que tengo que hacer, pero no me queda más remedio. No me has puesto las cosas fáciles.

»Tras aquella reflexión, me dispuse para comenzar el ritual que iba a ser su mayor castigo.

»Mientras Abiatar maldecía con odio, ordené depositar el oscuro metal sobre la fragua. Bajo el influjo de su poderoso fuego comenzó a ablandarse. Al poco se volvió rojo, después dorado como el sol y finalmente adquirió de nuevo su tonalidad negra; en ese momento ya era maleable y podía ser utilizado para mi propósito. A pesar de haber estado un tiempo sobre el fuego, el metal parecía frío como si fuera hielo. Un par de sacerdotes lo estiraron convirtiendo el bloque en cintas maleables, y con

ellas comenzaron a envolver a Abiatar como en los rituales mortuorios que realizan los egipcios. Primero los pies y después fueron cubriendo las piernas, despacio, sin dejar ni un pequeño resquicio, con extrema perfección. El metal se adhería al cuerpo del sacerdote de David como una segunda piel, se amoldaba a la forma de sus músculos, a los huecos de sus dedos, a las rodillas, a cada poro.

»Abiatar se mostró sorprendido, no sabía lo que le hacíamos.

»—Salomón ha abierto las ventanas del inframundo —me reprochó con odio inhumano—. En su pasión desmedida ha roto las cerraduras de las puertas que custodiaban la entrada a seres hambrientos y llenos de furia. Yo, Abiatar, sacerdote de David, no estoy indefenso. Siempre me has odiado por mi poder, pero sobre todo me has temido. Y haces bien en temerme.

»—Te equivocas —respondí—, Salomón es el señor de los efríts; a él y solo a él le obedecen las mujeres de Edom. A ti no te tengo miedo y menos ahora.

»—¿No puedes entender que estás equivocado? Tu rey es un usurpador, lo ha hecho con el trono de Adonías y también con el reino del otro mundo. Pero allí, en el reino de la oscuridad, el verdadero Señor

no se va a quedar cruzado de brazos. Has de saber que Iblís ha sido convocado y, con él, vuestro propio fin. —Abiatar escupía las palabras—. Iblís te traerá la fiebre, la epilepsia y la rabia. Allí donde te escondas, por muy remoto y oculto que sea ese lugar, en esta vida o en las que tendrán que venir. Donde esté tu alma, allí te acechará convirtiendo cada instante de tu vida, toda tu existencia, en una terrible pesadilla.

»—Desvarías como un loco —me burlé mientras continuaba con los preparativos y la cinta de metal rodeaba ya su torso y empezaba a hacerlo con sus brazos.

»—¡Yo te maldigo, Sadoc, a ti y a tus hijos, por toda la eternidad!

»—Eres tú, Abiatar, pobre infeliz, quien va a llevar la maldición para siempre sobre su espalda. Dios me otorgó el conocimiento verdadero de las cosas: una comprensión de la estructura del mundo y de la manera en la que los elementos trabajan, el principio y el final de las eras, lo que media entre ambas, los ciclos de los años y de las constelaciones, los pensamientos de los seres humanos, la energía de los espíritus... Lo aprendí todo, oculto o manifiesto. Me mostró los secretos maravillosos de la naturaleza y cómo dominarlos. Susurró en mis oídos las frases

mágicas que encadenan a los daimones, efrits y a las mujeres de Edom. Yo le enseñé a Salomón todo lo que sabe. Por eso no te tengo miedo, pues fue Yavhé el verdadero instructor de mi sabiduría. Salomón me ordenó que no debías morir, y cumpliré sus órdenes: no morirás, pero, no lo harás nunca. Estas bandas metálicas que envuelven tu cuerpo también aprisionarán tu alma. Cuando este muera, el espíritu encerrado no podrá escapar de su cárcel de carne. Tu aliento de vida, el *Nephesch*, quedará atrapado para siempre, atado a la tierra. Tu conciencia seguirá existiendo y sufriendo en este mundo, verás morir a tus allegados, contemplarás el paso de infinitos días y noches. Esa será tu eterna condena. Serás desterrado a Anatot de donde nunca regresarás. Y cuando nuestras almas hayan encontrado, al fin, el merecido descanso, la tuya continuará, aunque ya no se escuchen los latidos de tu corazón vagando sin descanso para siempre. Además, nunca volverás a ver, ni a sentir a tu querida Katebet, la del triste destino.

»Abiatar ya no pudo responder, su boca quedó cerrada por las cintas metálicas; solo sus ojos, ardiendo de furia y desprecio, me hablaron sin palabras. Vi en su mirada el mayor odio que pueda

albergar un corazón humano y lo último que el sacerdote pudo contemplar fue una sonrisa de satisfacción perfilada en mi rostro. Después fue cegado con el frío metal y al poco todo su cuerpo quedó cubierto, sin un pequeño resquicio por donde la carne pudiera estar en contacto con el aire.

»Mientras yo rezaba a Dagón y Astarté para que su alma no tuviera descanso, el cuerpo de Abiatar fue levantado entre cuatro sacerdotes y llevado hasta la fragua, donde el metal quedó definitivamente sellado bajo el fuego. Allí lancé el muñeco de cera, que se deshizo por el calor derramándose como lágrimas sobre el cuerpo del sacerdote de David. Lágrimas de fuego y dolor que concedían la vida eterna y que, al mismo tiempo, otorgaban un castigo sin fin. Después extraje de un recipiente guardado en el Arca un puñado de polvo dorado y lo derramé sobre su cuerpo. El aire se vio envuelto en una pequeña nube de diminutas estrellas. Brillaron efímeras a la luz de las antorchas, como pequeñas ascuas ardientes, y al tocar el oscuro metal se apagaron. Era el polvo celestial, la materia primigenia que daba forma a toda la vida; él generaba la existencia y, conociendo los secretos que

guardaba, podíamos gobernar el universo y hacer que sus leyes se plegasen a nuestra voluntad.»